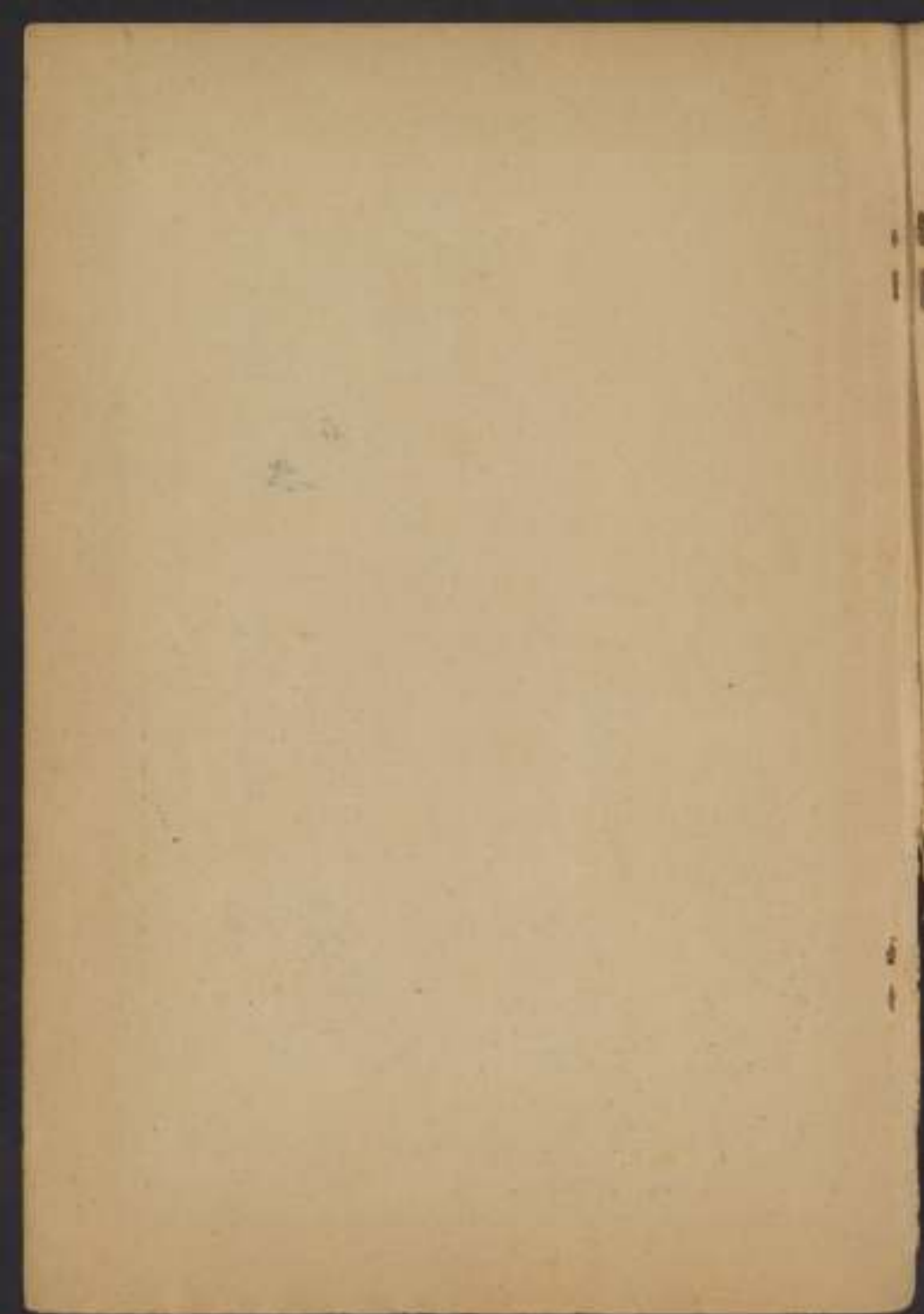


Selección FILMS DE AMOR



50 cts



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

Redacción, Administración y Talleres:
Valencia, 274-Apartado 703-Barcelona



NUEVA
COLECCIÓN

PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Sñal. Graf. Española de Córreo, Sarrià, 14 y 16-Barcelona

AÑO 1

NÚM. 2

BOMBAS EN MONTECARLO

E. POMMER

nos sorprende con una de sus fines comedias musicales, donde la música, alegre e inspirada se compagina admirablemente con el asunto frívolo, ameno y en parte sentimental de esta producción, en la que el amor de dos jóvenes, uno de esirpe real y otro un sencillo capitán de navío, tejen un encantador idilio amoroso que mantiene constantemente el interés del espectador.

interpretada por la eximia
actriz de la pantalla
KATHE DE NAGY



PRODUCCIÓN



Calle de Belmes, 79
BARCELONA

I N T É R P R E T E S

| | |
|--------------------------------|---------------|
| Yola J. ^a | RENÉE DE ROSE |
| Capitán Croddock . . . | JEAN MURAT |
| El jefe de Gobierno . . | Paul Olivier |
| Pierre | Charles Rodge |
| El cónsul | Stapel |
| La dama de compañía . | Alice Tissot |

DOCTRINA LA
REPRODUCCIÓN

Novelada por

M. OTEIN

BOMBAS EN MONTECARLO

ARGUMENTO DE
DICHIA PELÍCULA

UNA ORDEN REAL

El magnífico acorazado «Persimón» se hallaba desde hacía tiempo anclado en el puerto de Livourno, mientras que su dotación se aburría solemnemente ante la inactividad en que se la tenía.

Era comandante del buque, el capitán de navío Craddock, un muchacho joven extremadamente optimista y para quien la vida era una constante aventura, que le impulsó a abrazar la carrera de marino, más que nada, por sus ansias de correr mundo.

Pertenecía el crucero al pequeño reino de Pontenoro, en el que reinaba por entonces Yola, la mujer caprichosa y ansiosa de libertad, para quien el trono era más que nada un impedimento que detenia sus ansias juveniles. Rodeada siempre de aduladores, la reina Yola jamás se inmiscuyó en asuntos de Estado, y a eso era debido el que las cuestiones del reino llegasen a un momento tan deplorable que ni siquiera se podía satisfacer los devengos de los oficiales marinos que servían a la patria.

Como decimos, el «Persimón» se hallaba anclado desde hacía tiempo, y los marineros, mientras se entretenían en remendar las redes o en tender las ropas, o limpiar la cubierta del buque, cantaban una canción popular entre los marinos, que decía:

*Es la brisa mensajera
que dirá a quien me espera
la dulcísima balada
de mi alma enamorada.
La brisa es del marinero
su más dulce mensajero.
Es quien dice a mi amada
mi pasión nunca trunca.*

Y mientras la marinería se distraía de aquel modo, el teniente Pierre Smith mataba su ocio dedicándose a pescar, subido sobre uno de los cañones. Cuando más entusiasmado estaba en aquella operación, llegó un marino y le entregó un telegrama, diciéndole:

—Mi teniente, un telegrama para el capitán Craddock.

—¡Por culpa tuya se me ha escapado, cuando ya estaba a punto de picar!—exclamó indignado el simpático Pierre. Tomó el telegrama, lo dejó a su lado y gritó hacia el interior del camarote cuya puerta tenía a su espalda:

—¡Craddock!... ¡Craddock, un telegrama para ti!

El capitán interrumpió su siesta y acercándose a donde estaba el teniente, le dijo:

—¿Sabes qué dice ese telegrama?

—No lo he abierto—respondió el teniente—. Es oficial y debe ser alguna orden.

El capitán, sin abrirlo siquiera, lo arrojó al mar, al mismo tiempo que decía:

—¿Para qué lo voy a abrir? Me figuro que dirá lo de siempre.

—Sí—exclamó el teniente—, conozco su redacción... «A causa de la crisis que atraviesa el reino de Pontenoro, el Gobierno de Su Majestad lamenta no poder enviar los sueldos de su marina».

El capitán quedó unos instantes pensativo, hasta que al fin exclamó apesadumbrado:

—Hemos sido unos idiotas... ¡Tantas cosas como nos habían prometido para enrolarnos... ¿Te acuerdas?

—Ya lo creo—exclamó el teniente—, todavía me parece que estoy oyendo decirnos: «Los que gusten de aventuras serán satisfechos los caprichos de su corazón, bajo las banderas

de Su Majestad la reina de Ponteneros... ¿Y qué ha sido de todas aquellas bellas promesas?

—Tú, que dejaste Suiza porque encontrabas pequeño el lago de Ginebra para la navegación de altura...—le dijo bromeando, el capitán.

El teniente sintió que picaba un pez en el anzuelo y se apresuró a tirar de la caña, pero, con gran sorpresa suya, vió, que en vez de un pescado lo que se había enganchado en el anzuelo era precisamente el telegrama que el capitán había arrojado al agua sin quererlo leer.

—Será preciso leerlo—exclamó el teniente, desdoblándolo cuidadosamente para no romperlo. Y una vez que lo tuvo abierto, leyó a su amigo el contenido, que decía:

«Confidencial: Que esté preparado el crucero «Persefón». Su Majestad la reina enviará ella misma instrucciones para el viaje.—Ministro de Marina».

La noticia de que pronto iban a partir produjo en los dos amigos tal alegría, que para exteriorizarla empezaron a jugar, tear dándose cachetes uno a otro, sin darse cuenta de que los veían los marinos y que éstos seguían su ejemplo, convirtiéndose la cubierta del buque en un verdadero cuadrilátero de boxeo.

Por fin se dió cuenta el capitán de la actitud de sus hombres y les gritó enérgicamente:

—¡Quietos!... ¡Que estéis en un crucero, no en una feria!

Los marineros cesaron en sus luchas inmediatamente, y el capitán volvió a decirles:

—Por fin vamos a zarpar.

En los rostros de todos se advirtió la consiguiente alegría, y el capitán, divigiéndose a su teniente, le dijo:

—Teniente Schmidt, que venga el jefe de máquinas.

Momentos después, se presentaba éste, acompañado del teniente, y el capitán le preguntó:

—¿Qué carbón tenemos?

—Poco, muy poco—respondió el jefe de máquinas.

—Pues quiero las calderas a toda presión... ¿Comprendido?

—Procuraré hacer lo que pueda—respondió el maquinista, marchando nuevamente a su puesto, para dar las órdenes oportunas, mientras los demás marineros iban ocupando sus puestos, con el fin de que todo estuviese a punto en el mo-

mento de zarpar. Y al mismo tiempo que iban trabajando, iban cantando una canción que el mismo capitán y teniente coreaban también a corear, y que decía:

*Quiero ser marinero,
que es la vida mejor.
Ser libre como el mar,
y en cada puerto un amor.
Del Polo Norte al Sur,
cantando una canción.
El mar es nuestra novia
de todo corazón.
La brisa nos empuja,
no sueltas el timón.
El amor nos espera
con ginebra y con ron.
Somos la gloria de la marina,
bajo esta uniforme seductor
rendimos siempre el amor.
Tanto en Chile como en China,
exclaman al vernos anclari:
he aquí los lobos del mar.
Si un amor nos llega a amargar,
Las olas lo adormecen al instante.
Así somos los lobos del mar...
Desde el pequeño al más grande,
desde el grumete al comandante,
¡sabemos amar!*

El teniente Pierre, que se dió cuenta entonces de que no había terminado la lectura del telegrama, puesto que tenía una postdata, le dijo a su amigo:

—Adivina adónde vamos.

—A las maniobras inglesas de Malta—respondió el capitán—. Aunque, a lo mejor, se trata de cazar contrabandistas...

—Nada de eso. La reina llega mañana a Livorno.

—... y la señorita nos ordena—siguió diciendo el capitán.

—... que le demos un paseo por el Mediterráneo—continuó Pierre.

—¡Pues se equivoca la señorita!—exclamó el capitán, indignado—. ¡Qué frescura!

—A lo mejor es bonita la reina.

—¿Bonita?—respondió el capitán—. Mira el retrato.

Y señaló el que había en su camarote, en el que aparecía una muchacha vestida con el uniforme de capitán de marina. Indudablemente, el fotógrafo no había demostrado su buen gusto en aquel retrato, o bien el original no era bonito, puesto que la visión que ofrecía no era para enamorar a ningún hombre.

—¿Has visto qué adelfeño?—siguió diciéndole el capitán—. Y eso que el fotógrafo la habrá favorecido.

El teniente se quedó mirando el retrato de Yola y exclamó riendo:

—Pues figúrate lo que será el original.

—¡Yo no paseo a esa damisela!—exclamó el capitán—.

¡Ya no zarparamos!

—Pero hombre...

—¡Nada, nada!—siguió diciéndole Craddock—. Tú me conoces y sabes que lo he hecho todo en este mundo, pero el ser el «chauffeur» de esa señora... nunca.

—Pero no te pongas así, hombre—le dijo el teniente, tratando de calmarlo—. Al fin y al cabo, sería un crucero encantador... Las Baleares... la Riviera... Montecarlo... el juego... el amor...

El jefe de máquinas, que esperaba la orden de zarpar, en vista de que tardaban en dársela, se presentó en la toldilla de mando y le preguntó al capitán:

—Capitán... ¿Zarparamos o no zarparamos?

Craddock quedó un momento en silencio, hasta que finalmente, tomando una rápida decisión, le dijo:

—¿Tenemos carbón para llegar a Montecarlo?

—¡Ya lo creo!—exclamó entusiasmado el jefe de máquinas—. Y si faltase, echaría a las calderas incluso mi tabaco.

—¡Pues a Montecarlo inmediatamente!—terminó diciendo el capitán.

Y, momentos después, el «Permisón» cruzaba majestuoso las aguas del Mediterráneo, con la proa enfilada hacia Montecarlo.

CAMBIO DE ITINERARIO

En un lujoso departamento del exprés iba camino de Livourne la reina Yola y su dama de compañía. Nadie hubiera reconocido en aquella joven a la misma que el capitán mostró en el retrato de su camarote.

Yola I de Poutenero era una mujer ideal. Sus ojos negros como el azabache jugueteaban coquetonamente en su rostro de marfil, y sus labios, siempre entreabiertos por una deliciosa sonrisa, ejercían una atracción irresistible. Su cuerpo esbelto, de formas armoniosas e insinuantes, hacía de toda ella un conjunto encantador, capaz de satisfacer al hombre más exigente en cuestiones femeninas.

Recostada sobre los blandos almohadones de su butacón, fumaba distraídamente, entreteniéndose con las caprichosas espirales que hacía el humo, mientras que junto a ella, su dama de compañía se hallaba enfrascada en la lectura de un libro. Llamó quedamente a su acompañante y le dijo:

—Eche un poco la cortina... Me molesta el sol.

La dama de compañía se apresuró a cumplir la orden, pero tan bien la ejecutó, que la reina hubo de decirle nuevamente:

—Demasiado oscuro...

Y cuando su compañera abrió otra vez la cortina, exclamó Yola entusiasmada:

—¡Por fin, aire puro!... ¡Por fin, la libertad sin la etiqueta oficial...!

Tomó un libro, y después de leer en él varias líneas, exclamó, hastiada:

—¡Qué aburrida es la vida!... ¡Y este libro, aun más!

Al advertir que su dama de compañía no le prestaba atención, se acercó a ella y le preguntó cariñosamente:

—¿Es divertido ese libro que lees?

—Majestad—respondió la dama de compañía—, yo no leo más que libros científicos...

Yola le quitó el libro, antes de que la otra pudiera im-

pedirlo, y leyó la cubierta de aquel libro «científico», que decía:

«LOS HOMBRÉS LAS PREFIEREN RUMIAS»

—¡Este no es un libro para señoritas honestas!—exclamó la dama de compañía, pretendiendo quitárselo, pero Yola, que ya había leído la cubierta, se la quedó mirando burlonamente y le preguntó:

—¿Con que te interesa el arte de seducir?..

Guardó el libro en su maletín, y antes de que la dama de compañía pudiera volver a expresar su disconformidad, ante la actitud de la reina, un empleado del tren apareció en el departamento, diciendo:

—¡Llaman a Vuestra Majestad por radio.

La reina fué a la cabina radiotelefónica y preguntó:

—¿Quién habla?

—El jefe del Gobierno de Pontenoro—respondió su interlocutor.

—¿Ocurre alguna novedad?—volvió a preguntar Yola.

—Sí—le dijo el ministro— Tiene Vuestra Majestad que interrumpir el viaje.

—¿Por qué?—preguntó, extrañada.

—Porque ese pirata de capitán Craddock me acaba de telegrafiar, y mire lo que me dice:

«Me niego a pasar a Su Majestad. Stop. Me aburro. Stop. Me marchó a Montecarlo a divertirme».

—Está bien—respondió la joven—. Ya recibirá usted noticias mías.

Volvió otra vez a su departamento, y después de referirle la conversación que había tenido con el jefe del Gobierno, a su dama de compañía, terminó diciéndole:

—¿Qué tipo más impertinente debe ser ese capitán!

—Su Majestad debe castigarlo severamente por su desobediencia—exclamó la señora de compañía.

Yola se quedó unos instantes pensativa, hasta que por fin preguntó:

—¿Dónde se cambia para ir a Montecarlo?

—¿Pero no vamos a Livourne?—preguntó, extrañada, su dama.

—No—exclamó la reina—. Vamos a Montecarlo, a ver a ese capitán.

La dama de compañía se quedó mirando a la reina, hasta que le preguntó, sonriendo significativamente:

—¿Le distingue ya Vuestra Majestad?

—¿A quién?—preguntó, irritada, Yola.

—¿A quién va a ser?—respondió la dama—. A ese monarca de Craddock.

Y, tal como había dispuesto la reina, en la estación próxima hicieron el cambio de itinerario, para dirigirse directamente a Montecarlo. Yola quería enfrentarse con aquel hombre que de una manera tan desconfiada desobedecía sus órdenes, y para imponerse el correctivo que se merecía por su actitud.

Al día siguiente, y horas antes de que el acorazado llegase a Montecarlo, la reina Yola y su dama de compañía llegaron a la famosa ciudad y se hospedaron en el consulado de su nación.

El cónsul, sorprendido por la imprevista visita de la soberana, se excusaba de no haberle preparado un recibimiento digno de ella, y la reina le dijo:

—Más vale así, porque vengo de riguroso incógnito. Mi misión es solamente la de castigar a un capitán de navío que se ha atrevido a desobedecer mis órdenes.

—¿Es posible?—preguntó el cónsul, que era un pobre hombre incapaz de comprender que hubiese un mortal que se atreviese a inferir semejante afrenta a la reina.

—Tal vez usted lo conozca—volvió a decirle Yola—. Es el capitán Craddock.

—¡Ya lo creo que lo conozco!—exclamó, asustado, el cónsul—. Tiene fama en Montecarlo.

—¿Ah, sí?—preguntó burlosamente la reina.

—En todas partes lo conocen aquí. Puedo decirse que es uno de los hombres más populares. En el Gran Casino, las mujeres se lo disputan, mientras que él, con una indiferencia grande, ni siquiera les hace caso. Es además afortunado en el juego, y se gasta el dinero, cuando lo tiene, con un desprendimiento que espanta.

—Me hace usted una biografía de ese hombre—exclamó la reina—, que estoy ya deseando de conocerlo. Me lo presenta usted como un ser temible.

—Y lo es, Majestad—respondió el cónsul—. No hay nada ni nadie que lo detenga cuando se empeña en hacer algo.

Salieron al balcón del consulado, y desde él vieron un buque que llegaba a la bahía. La reina, con el auxilio de unos anteojos, vió que el crucero que llegaba llevaba el pabellón de Pontenere, y exclamó:

—Me parece que aquél es el «Persimón».

—¿No se ve nada más?—exclamó su dama de compañía, pensando románticamente en el capitán.

—Por ahora, no veo nada más que mi crucero—respondió la reina.

—¡Como si lo viera!—suspiró la dama de compañía—Ese hombre debe tener un cabello negro, rebelde, rizado... ¡Estoy segura de que también está tatuado!

El «Persimón» arribó por fin a la bahía, y en el momento de anclar hizo las salvas de ordenanza para saludar a la los marineros sobre la cubierta y les dijo:

—¡Muchachos! Cuatro observaciones: en Montecarlo no se quita el sombrero, se respeta el orden, se respetan las leyes y se respetan las mujeres tranquilas... y divertiros mucho.

Seguidamente, salió del barco y con su teniente se dirigió a tierra para presentarse al cónsul de su nación.

LA PRIMERA ENTREVISTA

Canturreando una alegre tonadilla, los dos amigos llegaron, después de cruzar varias calles, a la puerta del consulado, y la reina que los vió, le dijo al cónsul:

—Ya llega ese hombre, señor cónsul.

—Sí, sí, ya lo veo—respondió éste, palideciendo.

—Préndalo usted.

—Mi corazón late aceleradamente—exclamó, dejándose llevar por su romanticismo, la dama de compañía.

Los dos oficiales, que ya habían entrado en el consulado, llamaban inútilmente, sin que nadie saliera a recibirlos, hasta que Craddock exclamó, sacando su pistola:

—Ya verás qué pronto vienen.

Y sin que Pierre tuviera tiempo de impedirlo, disparó sobre una de las bombillas de la lámpara, que cayó al suelo hecha añicos.

Al oír el ruido, el cónsul no pudo disimular por más tiempo su miedo, y exclamó:

—¡Majestad, renuncio a mi carrera diplomática, antes que arrestar a ese hombre!

La reina se le quedó mirando despectivamente y le respondió:

En ese caso, le arrestaré yo misma. Vaya usted, pídale cuentas y después escóndase cuando me oiga llamar al timbre.

Salió el cónsul, y la reina, que no había podido menos que sentirse vivamente conquistada por la simpatía del capitán, prestó oído detrás de la cortina, para oír lo que decían.

En aquel instante el capitán saludaba al cónsul y le decía:

—¡Por fin, señor cónsul!... ¡Vuestro consulado no sirve para nada!

El cónsul quiso arreglar el asunto amistosamente, y le dijo, con toda la bondad de que pudo hacer acopio:

—Entre nosotros, capitán, (por qué habéis desobedecido a Su Majestad?)

—Entre nosotros, señor cónsul—le respondió el capitán—, la he desobedecido porque tenía que encontrarme aquí con una linda mujercita...

La reina ya iba a hacer sonar el timbre, cuando la dama de compañía le suplicó, deseando conocer hasta el fin aquella conversación:

—Aun no, Majestad... Dejad que se explique...

—En Pontenere no faltan mujeres hermosas—le respondió el cónsul. A lo que Craddock observó, indiferentemente:

—Cuestión de gustos... yo las encuentro a todas desagradables.

—¡Es increíble!—protestó, molesta, la dama de compañía, al ver que el capitán se expresaba de aquel modo despectivo hacia las mujeres de Pontenere.

La reina no pudo contener la risa, y entonces fué cuando ella sintió una verdadera curiosidad por saber cómo terminaría la conversación.

El capitán, en aquel momento, le decía al cónsul:

—Y ahora, señor mío, me entregará usted cien mil francos, que son los sueldos de la dotación del barco. Hace meses que estamos sin carbón y sin cobrar nuestras pagas. La caja de a bordo está ya completamente vacía.

—¿Y no podría esperar un poco tiempo?—preguntó el cónsul.

—Las muchachas de Montecarlo no saben esperar—respondió el capitán.

El cónsul, ante la exigencia del capitán, y sabiendo que la reina lo estaba oyendo todo, respondió:

—La verdad, no tengo órdenes de Su Majestad. Si quiere, consultaré con ella.

—No quiero saber nada de esa pava—respondió Craddock, ante la extrañeza de la reina, que no podía sospechar por qué se expresaba de aquel modo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó enfadado el cónsul.

Y el capitán, sin darle importancia al enfado del representante de su nación, continuó diciéndole:

—Quiero decir que si esa señorita se burla de mí, soy incapaz de derribarla de su trono.

Se oyó el timbre, y el mismo Craddock le dijo:

—Cónsul, que le llaman, pronto. Y no se olvide de los cien mil francos.

El cónsul entró donde estaba la reina, y ésta le ordenó:

—Déle ese dinero que pide.

—Pero, Majestad...

—Repito que se lo dé—volvió a decir la reina.

—Es que... en caja sólo hay 118 francos—terminó diciéndole el cónsul.

La reina Yola se quitó el collar de perlas que llevaba puesto y se lo entregó al representante de su nación, diciéndole:

—¡Tome usted!... Cualquiera joyero le dará los cien mil francos.

El cónsul, ante el gesto imperativo de su soberana, no se atrevió a protestar y cogió el collar, murmurando:

—Puesto que lo ordena Vuestra Majestad...

—Cuando tenga el dinero, se lo entrega a ese hombre. De lo demás, ya me ocuparé yo.

—¿No quería Vuestra Majestad arrestarlo?—le preguntó el cónsul.

—Ya lo haré luego. He pensado en algo distinto después de las palabras que le he oído.

Y, haciéndole una indicación de que se fuera, la reina quedó sola con su dama de compañía, pensando en la forma de castigar a aquel hombre que de tal modo se había expresado contra las mujeres de su país y contra ella misma. Más que su orgullo de reina, su vanidad de mujer estaba indignada por lo que el capitán había dicho de ella, y se hallaba dispuesta a hacerle caer en la red de sus encantos, para castigarlo como merecía.

LOS HOMBRES LAS PREFIEREN RUBIAS

Aquella tarde, la reina Yoia, siguiendo los consejos del libro que le había quitado a su dama de compañía, o sea, que «Los hombres las prefieren rubias», se había disfrazado tal y como representaba la figura de la portada, ocultando con aquel disfraz muchos de sus encantos. Incluso su pelo se ocultaba bajo una peluca rubia, y continuamente miraba con impertinente, lo que la hacía más ridícula todavía. Pero ella estaba segura de que, siguiendo los consejos de la novela llegaría a conquistar al capitán, y lo seguía al pie de la letra. Poco tiempo hacía que se hallaba sentada, sola, en una mesa del Gran Casino, cuando apareció Craddock, acompañado del teniente Pierre. Casi todas las mujeres que se hallaban presentes saludaron con alegría al capitán, y esto estimuló aún más el amor propio de la reina, que no quitaba la vista de su oficial.

El director del Casino, al verlo entrar, corrió a saludarlo y le dijo amablemente:

—¡Capitán Craddock, cuánto tiempo sin verlo por aquí!

—¿Hay lindas chicas este año en Montecarlo?—preguntó el capitán.

—Usted mismo puede comprobarlo—exclamó el director, al mismo tiempo que, dirigiéndose hacia la orquesta, ordenó a los músicos;

—La marcha de Craddock.

El capitán fué hacia una mesa donde había una mujer sentada y la invitó a bailar. Lo mismo hizo su teniente, y, segundos después, los dos oficiales estaban en el centro del salón bailando animadamente.

Al terminar la primera parte de la pieza, Craddock se vió sujeto por un brazo y, al volverse, vió que una desconocida, que era la reina Yola, le decía:

—¿Quiere usted bailar?

Su cortesía no le permitió rehusar la invitación, y desde luego, con bastante mala gana, se puso a bailar con ella.

Al terminar el baile, el capitán se fué a su mesa, y la reina lo siguió hasta allí. En vista de que él no le decía nada, intentó ella establecer conversación, diciéndole:

—¿Un día magnífico, verdad?

—Sí, buen tiempo—respondió acaramente el capitán.

—¿Y no cambiará?

—No sé—respondió nuevamente Craddock, al mismo tiempo que hacía una seña al camarero para que cobrase la consumición.

Yola leyó un párrafo del libro que llevaba en el monedero, sin que el capitán lo advirtiese, y le preguntó, según las instrucciones de la novela:

—No soy su tipo, ¿verdad?

—¡Oh, sí, completamente!—respondió el capitán, extremando su galantería.

Yola miró otra vez al libro y en esta ocasión el capitán advirtió la maniobra y le dijo riendo:

—¿Quiere hacerse pasar por lo que no es?

Yola, al ver que la había descubierto, intentó marcharse, pero el capitán, intrigado ya, corrió tras ella y, cuando la cogió, la estrechó en sus brazos, diciéndole:

—En busca de una aventura, ¿eh?

—Sí—respondió la reina, satisfecha del abrazo en que la tenía su oficial.

Craddock adivinó que aquella mujer, sin todo aquel artefacto ridículo que llevaba, sería bonita, y de un tirón le quitó el sombrero, diciéndole:

—¡Fuera esas plumas ridículas!

Al verla al natural, tal como era la reina, le dijo entusiasmado:

—¿Sabes que no eres lea?

—No—respondió tímidamente la reina.

—¿Casada?—preguntó curiosamente él.

—Sí.

—¿Divorciada?

—Sí—respondió ella.

—Empiezo a interesarme. Ahora estás mucho más bonita. Intentó besarla, pero la reina se deshizo de él, dándole un bofetón. Craddock quedó sorprendido por aquella acción y exclamó riendo:

—¡Es toda una mujer!

Y salió tras ella, para impedir que se marchara. Cerca de la puerta, consiguió darle alcance y le dijo:

—¡Quédate conmigo!

—Déjeme usted!—exigió ella.

El capitán la miró amorosamente y le contestó:

—Pégame cuanto quieras, pero no estés enfadada. Quiero tenerte a mi lado todo el tiempo que esté en Montecarlo. Estoy seguro de que no encontraré otra mujer tan bonita como tú.

La reina, halagada por las palabras del capitán, sonrió deliciosamente y le preguntó, con innata coquetería:

—¿De veras que no encontraría otra que le gustase más que yo?

—Te lo prometo, y si este amable, te regalaré lo que quieras.

—Yo no aceptaré nada de usted—respondió enérgicamente ella.

—Eso ahora lo veremos—respondió Craddock, al mismo tiempo que la enlazaba por el brazo y salía con ella del Casino para llevarla a una joyería que había cerca de allí. La hizo entrar, y el propietario del establecimiento le dijo solícitamente:

—¿Qué joya desea la señora?

—Desearía un pendiente representando un corazón atravesado por una flecha, o mejor que eso, una paloma, como símbolo de paz—respondió el capitán.

Pero, sobre el mostrador, la reina vio el mismo collar que ella había entregado al cónsul para que lo vendiera, y el joyero le dijo, sonriendo:

—¡Buen gusto tiene la señora! Es una pieza de regia



En posesión de tal fortuna, los dos marinos hacían hon-
jeros planes de largos viajes, que desesperaban a Voia.



En vano Voia, intentaba
calmar al capitán Creddock.



Y para reducirle a la obediencia
Yola, tuvo que arrestar al capitán.



Ante aquel menaje el ca-
pitán Craddock se rebeló.



Y Yola, distribuyó todos aquellos miles de francos en apuestas máximas sobre todas las ruletas del salón.



Yola, la Princesa de Panlevero, con Isabel su dama de compañía, se dirigían a Livorno.



Y como un niño el capitán Craddock confiaba en la «suerte» que su vecino le depararía.



Y va en Montecarlo el capitán Craddock...

procedencia, que, como favor especial, la reina de Pontennero me ha vendido.

—¿Quién ha dicho usted?—preguntó, intrigado, el capitán.

—La reina de Pontennero.

Craddock se echó a reír y le dijo a la reina:

—Esa mujer debe estar loca—. Y volviéndose al joyero, le dijo:— Pronto, que tenemos mucho que hacer.

—Entonces... ¿puedo escoger?—preguntó, burlonamente, la reina.

—Naturalmente.

Y escogió su mismo collar.

—¿Cuánto es?—preguntó el capitán.

—Ciento treinta mil francos—respondió el joyero.

La reina, al ver que la cosa iba en serio, dejó inmediatamente la joya, y exclamó:

—¡Sólo era una broma!

—Pero yo no bromeo—exclamó Craddock.

Sacó el mismo sobre que le había entregado el cónsul con los cien mil francos, y se los entregó al dueño del establecimiento, quien le dijo:

—¡Perdón, pero aquí sólo hay cien mil francos!

La reina aprovechó aquello para hacer que Craddock desistiera de su empeño y le dijo, cogiéndolo por un brazo:

—No tiene usted bastante, vámonos.

—¿Y con este anillo para completar, habrá bastante?—preguntó Craddock, entregando su sortija.

—Así, conforme—respondió el joyero.

—Conforme, devolviéndome diez mil francos—terminó de decir el capitán—. Los necesito para el Casino.

Mientras el joyero examinaba el valor de la sortija, Yola le dijo a Craddock:

—¿Va usted a jugar? ¿Y si pierde?

—Yo no pierdo nunca—respondió el capitán.

Terminaron de realizar la operación y salieron a la calle, donde la reina le dijo:

—Ya le he dicho que no podía aceptar este collar.

Mas el capitán, colocándose el mismo, le dijo sonriente:

—¡Sería una lástima, porque parece que lo han hecho expresamente para ti!

La actitud del capitán había hecho que la reina se con-

virtiese, de conquistadora, en conquistada, y, mirando fijamente al capitán, le preguntó:

—¿La arriesga usted todo por una mujer que no conoce?... Quiero decir tanto dinero...

El capitán la miró entusiasmado y le respondió:

—Por una mujer como tú, soy capaz hasta de hacer saltar la banca de Montecarlo.

Entraron nuevamente en el Casino y se dirigieron hacia la sala de juego. En el trayecto se encontraron con Pierre, que seguía con la misma mujer con quien había bailado, y le dijo al capitán:

—Tengo algo que pedirte, Craddock... ¿Podrías darme mi paga, ya que has cobrado?

El capitán se vió comprometido con aquella petición, y le dijo:

—Sí, sí... pero espera un poco de tiempo.

—Es que deseo obsequiar a una adorable mujercita—institió Pierre.

—Toma, pues, para los entremeses—exclamó el capitán, entregándole mil francos— Déjame ahora, porque esta mujer que va conmigo me está volviendo loco...

—¿Y ella también?—le preguntó el teniente, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que la reina había desaparecido del salón.

—Me parece que también—respondió sonriendo el capitán.

El teniente lo dejó para ir a buscar a su adorable mujercita, y el capitán buscó por todas partes a Yola, sin encontrarla.

AFORTUNADO EN EL JUEGO Y AFORTUNADO EN AMORES

Al cabo de un gran rato, el capitán distinguió nuevamente a Yola, que entraba otra vez al Casino. Había ido a cambiarse de ropa, y ahora aparecía más linda que nunca, con el esmero que había puesto en su «toilette». Craddock, ma-

ravillado por la belleza de aquella joven desconocida, corrió a su encuentro, y la reina le dijo, mimosamente:

—Me he puesto el mejor vestido que tengo.

—¡Estás lindísima—respondió admirado el capitán—. Vamos a hacer saltar la banca.

Se sentaron ante una de las mesas de juego, y Craddock exclamó:

—Mil francos a encarnado y mil a verde.

Hecha la apuesta, le dijo a Yola:

—Mírame a los ojos y ganaré.

La reina sonrió complacida, mirando al capitán, y la suerte le fué favorable.

Volvió a jugar, y el capitán volvió a hacerle la misma recomendación de que lo mirara para darle suerte, y Yola le dijo:

—¿Cree usted que mirándolo ganará?

—Estoy seguro—respondió Craddock—. Cuando me mira, noto que la suerte me sonríe.

—En usted un niño, capitán—replicó ella, cariñosamente.

—Haz lo que te digo y la suerte estará de nuestra parte—insistió él—. Si no me miras, pierdo mi dinero, y si me miras, pierdo la cabeza.

Ella sonrió ante las palabras de su oficial y le preguntó celosamente:

—¿A cuántas mujeres habrá usted dicho lo mismo?... ¿A diez... a veinte... a treinta?

—Ya que has dicho treinta, ése será mi número preferido—exclamó el capitán.

Depositó treinta mil francos al número treinta, y también en esta ocasión, la suerte le fué favorable.

Dos jugadas más, y ante Craddock se amontonó una enorme cantidad de billetes, pero, instado por Yola, se levantó de la mesa, y, una vez en la puerta de la sala, le dijo a la reina:

—¡Qué gusto da tener suerte!... Vamos a celebrarlo al bar!

La reina, de todo aquel montón de billetes, extrajo una cantidad de cien mil francos y guardándosela en un bolsillo al capitán, le dijo:

—Primero guarde los cien mil francos que usted quería recuperar.

El capitán sonrió y llevó hasta el bar a Yola. Tan pronto como entró, se le acercó el teniente Pierre y le dijo:

—¿No podrías ahora?

—Sí, hombre—exclamó el capitán, entregándole el dinero—. Toma y siéntate.

El teniente se quedó mirando a Yola y le preguntó:

—¿No era usted la muchacha de las plumas y los lunares?

—Deja eso, que no te interesa—le dijo el capitán, al mismo tiempo que le mostraba lo que había ganado y le seguía diciendo:

—Mira, mira, Pierre, dinero, mucho dinero. Con esto, nadie podrá decirnos nada. ¿Qué te parece si nos fuéramos a Buenos Aires?

La reina se quedó mirando fijamente al capitán y sintió cierto temor de que el otro pudiera aceptar su proposición y perder al capitán. Por lo que le preguntó apenadumbra:

—¿Se marchan ustedes?

—¿Y si nos fuésemos a Tokio y de allí a Honolulu?—respondió el teniente, sin hacer caso de la pregunta de Yola.

—¡Honolulu!—exclamó entusiasmado el capitán—. ¡Qué bellas son allí las mujeres!

—Mañana sale el «Regina Victoria» para Honolulu—le dijo el teniente, entusiasmado con la idea de aquel viaje.

La reina sintió un gran temor de que su capitán pudiese marcharse, y le dijo, como queriéndoles recordar que no dependían de ellos:

—¿Y abandonaríais vuestro servicio?

—Completamente—respondió Craddock—. Yo no me dejo mandar por esa pava.

—¡Nuestra reina!—murmuró riendo el teniente, al mismo tiempo que se levantaba para ir donde lo esperaba su compañera.

Al quedar solos, Yola le preguntó al capitán:

—¿Es tan tonta vuestra reina?

—No tiene nada en la cabeza.

—¿Pero es guapa?—inquirió otra vez ella.

—Más fea que un monstruo marino—contestó el capitán.

—Mire lo que dice una canción:

*Pontenero es la nación
más pequeña del mundo.
De Sur a Septentrión,
se recorre en un segundo.
De Pontenero nos vamos,
pues bajo su firmamento,
el cetro real está en manos
de un monstruo, de un caperento.
A Pon, Pon, Pon, Pon, Pon, Pon, Pontenero
hay un chi, chi, chi, chi, chi, chiqueto.
Allí vive la soberana
de felicidad sin igual,
gorda, pátizamba, enana,
una ballena monumental.
Y aunque parezca mentira, es verdadero
que así es de fea la reina, reina de Pontenero.*

—Una canción muy delicada—dijo la reina cuando el capitán terminó de cantar.

—La cantamos siempre—respondió riendo Craddock—. Es nuestro himno nacional... privado... Yo soy el autor de la letra.

Pero para Yola todo aquello tenía poco interés. Lo único que no podía olvidar era la conversación que habían tenido los dos amigos, y el pronóstico de ambos de marcharse a Honolulu. Habían bastado aquellas horas del día para que Yola empezara a sentir por el capitán un interés que rápidamente iba convirtiéndose en amor, y la idea de perder al hombre que había hecho latir su corazón, cuando por fin lo había encontrado, no entraba en sus cálculos. Maldijo interiormente aquella ganancia que les permitía realizar sus aspiraciones, y en su mente de mujer forjó en seguida la forma de impedir al capitán el que se marchase. Para conseguirlo, le dijo mimosamente:

—¿No quiere probar fortuna otra vez?

—No—respondió el capitán—. Ya tengo bastante para llegar a Honolulu.

—¿Tiene usted miedo?—preguntó burlonamente la reina.

—Creí que usted era hombre a quien no le espantaba nada...

—¿Miedo ya?—exclamó Craddock.

—Y si yo le pidiese que ganase algo para mí, ¿jugaría?

—Vamos para allá—terminó diciendo Craddock.

Entraron en la sala de juego, y Yola se apoderó del dinero que tenía el capitán, diciéndole:

—Quiero jugar yo misma... Ya sabe que le traigo suerte... ¿No quería usted hacer saltar la banca? pues yo lo haré... ¿Cuál era su número favorito? El treinta, ¿verdad?

Y sin esperar la contestación del capitán, llamó al inspector de la sala y le dijo:

—Señor inspector, ponga en todas las mesas el máximo al número treinta.

El inspector cantó en voz alta la orden recibida y empezó el juego, dando por resultado el que minutos después no tuviese Craddock ni un solo billete de los que había ganado.

Yola sonrió interiormente satisfecha y, cogiendo de un brazo a Craddock, lo sacó fuera del salón, donde le dijo:

—Y ahora míreme bien a los ojos... ¡El «Regina» saldrá mañana sin usted!

Craddock sonrió a su vez, adivinando el pensamiento de la joven, y exclamó:

—Todavía tengo los cien mil francos.

—¡Eso no los juegue!—exclamó la reina.

—Ahora más que nunca—respondió el capitán, entrando de nuevo en el salón, sin hacer caso de la recomendación de la joven.

Minutos después, volvió el capitán donde estaba Yola, y le dijo tristemente:

—¡Todo se ha acabado!

—Hubiera sido mejor no haber jugado los cien mil francos, ¿verdad?—le preguntó la reina.

Craddock, sintiendo en aquel instante el peso de su responsabilidad, murmuró:

—Ni siquiera eran míos... los había robado. Tan difícil como me fué conseguirlos del cónsul para pagar a mis hombres...

—¿Cómo va a arreglárselas ahora?—preguntó Yola.

—¿Que como me las arreglaré?... Ya verá.

Entró decidido en el salón de juego y gritó:

—¡Alto!

El director corrió inmediatamente a su encuentro y, alejándolo un poco de las mesas de juego, le dijo:

—Caballero, ¿tiene alguna reclamación que hacer?... ¿Ha estado incorrecto nuestro personal?

—No, pero he perdido esta noche quinientos mil francos, de los que va usted a devolverme cien mil?

—¿Y por qué razón?

—Porque los necesito.

—Si hubiese usted ganado, no habría devuelto su ganancia, ¿verdad?, y tendría razón, ya que, aquí, la suerte es la única ley...

—¿Usted lo cree así?—le preguntó el capitán—. Pues mire por esta ventana... ¿Ve usted aquel barquito con cañones? Es mi crucero «Persimón»... ¡Si mañana a las nueve en punto no tengo los cien mil francos, les bombardearé!

—Veo que es usted muy bravucón—respondió el director del Casino sin inmutarse—, pero yo también lo soy y puedo hacerle ver las baterías de Mont Angel, la de la Tete de Sien y Le Reve, que, junto con la flota de Ville Flasse, avisadas por mí, tendrían una satisfacción en contestar a su barquito.

—Pues antes que pueda usted dar orden alguna, mis cañones hablarán—respondió Craddock.

—¡Basta ya, caballero!—exclamó al fin el director, al darse cuenta de que todos los demás jugadores escuchaban la conversación—. ¡Esta broma dura ya demasiado!

—¿Cree usted que es broma?... Pues si mañana a las nueve no tengo el dinero, dispararé.

Salió del salón y volvió otra vez junto a Yola, a quien le dijo:

—Esta gente se creía que era broma lo del bombardeo.

—¿Qué bombardeo—preguntó, extrañada, la reina.

—Que si no me devuelven mi dinero, disparo contra Montecarlo.

Yola lo miró sin poder dar crédito a sus palabras, hasta que finalmente le dijo:

—Usted bromea.

—¿Que bromeo?... ¡Cuando Craddock da una palabra, la cumple!

Yola sintió todo el peso de la responsabilidad que aquello acarrearía para su nación y exclamó:

—¡Usted no puede hacer eso!

—Ya lo verá mañana, si no me llevan el dinero—replicó él.

Desesperada ante aquella obstinación, Yola le gritó enfadada:

—¿Acaso es usted un bandido?

—Quizás.

Se agarró a él, pretendiendo zarandearlo, y siguió diciéndole, cada vez más indignada:

—¡Es usted un criminal!

—Tal vez.

—¡Un pirata!

—Puede ser.

—¡Un canalla!

Tan junto estaba el rostro de la joven, que Craddock no tuvo que hacer nada más que estrecharla contra su pecho y besarla, al mismo tiempo que le decía:

—¡Y tú eres bellísima!... Dime qué soy yo.

Y Yola, presa ya en aquel amor que la atraía hacia Craddock, no supo más que decirle:

—Eres el hombre que amo...

Y dejó que el capitán la besara, para sentir en toda su intensidad aquel amor que había sabido hacer nacer en su corazón.

AL DIA SIGUIENTE

Al día siguiente, al ir a despertar a la reina su dama de compañía, se encontró con la sorpresa de que Yola no estaba en sus habitaciones y que su lecho ofrecía la señal de que no se había acostado en toda la noche.

Al mismo tiempo, en el camarote del capitán Craddock, éste tapaba cuidadosamente a la reina, que había pasado la noche allí, mientras que Craddock esperaba en el puente la llegada de la hora señalada.

Antes de las ocho y media apareció un bote por babor, que venía del puerto y el teniente le dijo al jefe de máquina, que esperaba nerviosamente que dieran las nueve:

—Todo se arregla. Nuestro cónsul llega.

Al enterarse de que llegaba el representante de la nación, el capitán Craddock salió a recibirlo y le dijo cuando aquél subió a bordo:

—Señor cónsul, no recibo por la mañana.

—Señor capitán—le dijo el otro—. El director del Casino me ha informado de todo.

—Pues entonces ya comprenderá que no tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco—respondió el cónsul—. Usted amenaza a una ciudad aliada, en la que actualmente es huésped nuestra soberana.

—No me importa nada de eso—respondió el capitán—. ¿Le encargaron de traerme el dinero?... ¿No?... Pues verá usted ahora. ¡Pobre de usted si no tiene asegurada la vida!

Y ante el pánico del cónsul, el capitán ordenó a sus marineros:

—¡Baterías!... ¡Punto de mira hacia el Casino de Montecarlo!

—¡Tenga usted juicio, capitán!—exclamó el cónsul—. Su buque será el blanco de todos los cañones.

—¡Bandido!—exclamó el cónsul.

Y ante aquella ofensa, el capitán ordenó a sus marineros que lo encerraran en una de las casillas de los cañones, para que pudiese presenciar el bombardeo.

Bajó Craddock a su camarote y al ver que Yola estaba despierta, le dijo sonriendo:

—A las nueve en punto abrimos el fuego.

Yola se abrazó a él y le suplicó:

—Craddock, prométeme que no dispararás.

—Mira—le dijo él cariñosamente—. Estas son cosas que tú no entiendes y de las que no debes ocuparte.

Pero ella permanecía abrazada a él y le decía:

—Júrame que no tirarás.

Craddock, al ver que Yola estaba vestida con el traje de noche, temió que pudiera sentir frío y le dió su guerrera diciéndole:

—Te vas a enfriar, ponte esta guerrera.

Yola se colocó la guerrera de Craddock y le dijo:

—Yo no puedo consentir tu perdición, Craddock. Toma el collar, véndelo y tendrás el dinero que necesitas.

—No tengo necesidad de tus perlas—respondió rehusan-

do su ofrecimiento—. He dado mi palabra de honor y cuando un caballero da su palabra de honor, la cumple.

—Pero un caballero no puede decirle que no a una dama—le dijo coquetamente Yola.

—Pero cuando la dama le pide algo imposible, no debe hacerle caso—exclamó Craddock.

Yola se acercó a él y abrazándolo mimosamente le dijo:

—Tengo miedo, Craddock.

—¿Miedo de qué?—preguntó el capitán.

—Miedo de que cumplas tu palabra. Dime que no tirarás...

—¿Y qué adelantaría con ello?—preguntó el capitán—. Supongamos que no tire, al punto que he llegado me castigarían, por rebelde, por haber desobedecido las órdenes de la reina.

—Yo pediré a la reina tu perdón. Soy muy amiga suya y no me lo negará.

—No dudo de tu influencia, pero se reíría de ti, como de mí.

En vista de la obstinación del capitán, Yola, que había visto en su camarote su mismo retrato, cogió una gorra de marino que había allí y se la puso. Adoptó la misma actitud que tenía en el retrato y se situó junto a él.

Craddock la miró sorprendido. La semejanza entre el retrato y aquella mujer era tan idéntica que el capitán pensó si podría ser tal vez la misma persona. Su duda quedó confirmada al decirle ella:

—¿Ves como la reina no me negará nada de lo que le pida?

Y riéndose alegremente se puso a cantar la misma canción que Craddock le cantó en el Casino, en la que hablaba de la fealdad de la reina.

El capitán corrió hacia ella y sin poder salir de su asombro le preguntó:

—¿Cómo? ¿Tú eres... vos sois la reina?

Se cuadró militarmente y Yola le respondió riendo:

—No lo puedo remediar, Craddock, pero soy la reina.

Craddock fué a abrazarla diciéndole:

—¡Eres deliciosa, chiquilla!

Pero al punto se dió cuenta de que era la reina y exclamó:

—¡Oh, perdón, Majestad!

—No te preocupes—le dijo Yola riendo—. Ya sabes que somos muy buenos amigos.

Sin embargo, Craddock corrió inmediatamente sobre la cubierta y dió orden de que todo el mundo formase, diciendo:

—¡Su Majestad la Reina va a pasar revista!

Segundos después, apartada la reina sobre la cubierta y cuando hubo revistado toda la tripulación, se acercó a ella su dama de compañía, que hacía poco había llegado al barco, y le preguntó:

—¿Dónde ha pasado su Majestad esta noche?

La reina no contestó, en vista de que en aquel instante el capitán les decía a los marineros:

—¡Todo el mundo a sus puestos y preparen las piezas para disparar!

—¡Alto!—gritó la reina—. ¡Os prohíbo disparar, capitán!

—Majestad—respondió Craddock—, quien manda en un buque es su capitán.

Yola, viendo que aquel hombre iba camino de su ruina, hizo un esfuerzo sobre sí misma y le dijo:

—Capitán, quedáis arrestado.

Pero ni aun así Craddock daba su brazo a torcer y les dijo a los marinos, que habían quedado unos instantos indecisos:

—¡Muchachos, obedeced a vuestro capitán!

Los marineros echaron nuevamente a correr para ocupar cada uno su puesto, pero la reina los detuvo diciéndoles:

—¡Ya no es vuestro capitán! ¡Robó la caja de a bordo!

El capitán bajó la cabeza avergonzado, mientras que la reina le decía al teniente:

—Teniente Smith, recoja la espada del capitán.

Y en vista de que Pierre no hacía ningún movimiento, volvió a decirle:

—¿Me ha entendido?... ¡Desármelo!

—No te preocupes, amigo mío—exclamó Craddock, viendo la duda de su amigo—, yo me desarmaré.

Se quitó la espada y la arrojó a los pies de la reina, al mismo tiempo que se marchaba hacia su camarote, para quitarse el uniforme.

Uno de los marineros oyó los gritos que daba en aquel instante el cónsul y lo sacó del encierro, al mismo tiempo

que el diplomático, viendo que ante ellos cruzaba un enorme navío, le decía a la reina:

—Tenga calma, Majestad. La escuadra francesa que llega, los calmará.

—Pero si ése es el Regina Victoria—murmuró el jefe de máquinas.

—El que iba a llevarnos a Honolulu—respondió el teniente con tristeza.

Yola había recogido la espada del capitán y bajó a su camarote, donde Craddock estaba. La actitud de Yola había herido en lo más profundo al capitán. Lo que más sentía de todo era el creer que había sido juguete de aquella mujer que había abusado del amor que había sabido inspirarle.

La reina se acercó a él y le dijo mimosamente:

—¿Estás enfadado?... ¡Yo no podía hacer otra cosa! ¡No había manera de hacerte entrar en razón... testarudo!

Viendo que él no le respondía, siguió diciéndole:

—No estés enfadado conmigo, pégame si quieres, pero no te enfades. No eres un ladrón, puesto que rescataste mi collar con mi dinero.

El capitán se volvió a ella y mirándola fijamente, sin darse cuenta con quién hablaba, le dijo:

—¡Lástima que Pontenero no tenga un hombre por rey!

—¿Pero qué?—preguntó la reina—. Estoy segura de que no te iba a servir para nada.

—Pero podría darle de bofetones.

—Hazte cuenta de que soy el rey en vez de la reina—respondió Yola sonriéndole deliciosamente.

—No puede ser—respondió el capitán.

—¿Por qué?—insistió ella, cada vez más mimosa.

—Porque eres una mujer, digo, sois una mujer—exclamó el capitán.

Yola se daba cuenta de que otra vez se apoderaba de la voluntad del testarudo capitán y fué acercándose a él, que seguía rígido, cuadrado militarmente ante ella. Le entregó la espada y le dijo:

—Aquí tienes la espada.

—¿Y para qué me sirve? Ya no soy capitán—respondió.

—Lo mismo que yo te la quité, puedes yo también devolvértela—le respondió Yola.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—Yo no puedo estar enfadado con su Majestad—respondió secamente él.

Pero Yola acercando su carita a la del capitán exclamó:

—Y con Yola, con la mujer que tanto decías querer, ¿puedes estar enfadado?

El capitán hacía esfuerzos extraordinarios para no romper aquella ecridad que se había impuesto. Era tan bonita aquella mujer, lo miraba tan cariñosamente que toda su voluntad se sentía débil ante aquellos hermosos ojos que le hablaban de amor y de una dicha nunca sentida.

Hizo ademán de alejarse, pero ella lo retuvo nuevamente diciéndole:

—¿Te acuerdas que en Montecarlo no me dejaste marchar? pues ahora soy yo la que te prohíbe que te vayas hasta que me digas qué piensas de mí.

Y en vista de que él guardaba silencio volvió a decirle enfadada.

—Háblame dime algo, pero no estés callado.

El capitán sonrió, finalmente al ver el empeño de la reina en hacérsele agradable y le dijo:

—No puedo decir otra que seas una mujer deliciosa y que es una lástima que seas la reina.

—¿Y si no fuera la reina qué me dirías?—insistió ella cada vez más insinuante.

—Entonces es diría muchas cosas que ahora no me atrevo.

—Pues no decías que eras un hombre capaz de todo?—le instigó ella—. Ahora quiero saber hasta dónde llega tu valor.

El capitán fué a hablar, pero de pronto se contuvo, pensando que no podría ocultar la admiración que le producía Yola y el amor que le inspiraba. Precisamente él quería huir de ella, para evitar ser un juguete del capricho de la reina y esto es lo que principalmente le hacía apartar ante ella como un hombre tímido.

En aquel instante sonó un cañonazo, y el capitán, olvidándose de que ya no tenía mando en el buque, exclamó:

—¿Quién dispara sin orden mía?

Corrió a la tolalilla y Yola lo siguió, diciéndole:

—Son las salvas de despedida. Nos vamos a casa.

—¿A casa?... Yo no tengo casa.

—Sí—respondió riendo Yola—. Tienes una en Pontonero.

Allí nos veremos todos los días. Serás mi vicealmirante... o lo que tú quieras... con tal de que seas mío... ¡Verás qué felices vamos a ser!

Un marinero fué en busca de la reina y le dijo:

—Majestad, el equipaje acaba de llegar.

—Vuelvo en seguida—le dijo Yola a Craddock, dirigiéndose hacia donde estaba su equipaje.

Aquel momento lo aprovechó el capitán para despedirse de su amigo diciéndole:

—Adiós, Pierre. No puedo continuar en el barco, porque llegaría a hacer todo lo que esa mujer quisiese. La amo con toda mi alma y es imposible este amor. Comprendo la diferencia que existe entre los dos y lo mejor es huir.

Vió el Regina Victoria que pasaba por allí cerca y desde el mismo puente se arrojó al agua, para embarcarse en el transatlántico.

Nadando pudo dar alcance a la barquilla donde iba el cónsul, y Craddock se hizo conducir hasta el vapor, para huir del lado de Yola.

Cuando ésta llegó al puente, al no ver al capitán le preguntó a Pierre:

—¿Dónde está el capitán?

Pierre le señaló el barco que navegaba junto a ellos y la reina preguntó:

—Pero... ¿a dónde va?

—Tiene miedo del amor y huye a Honolulu—respondió el teniente.

La reina sonrió, pensando en lo que pasaba por el interior del teniente y en el amor del capitán y le dijo a aquél:

—¿Verdad que no es de buen camarada huir?

—No, Majestad—respondió el teniente.

—Sin embargo—exclamó la reina—, es el mejor hombre del mundo. Llame al jefe de máquinas.

Corrió Pierre en su busca y poco después la reina le preguntaba:

—¿Hay carbón para llegar a Honolulu?

—De ningún modo—respondió el maquinista.

—Es para alcanzar al capitán.

—Entonces, sí, aunque tenga que quemar el de mi reserva y toda la madera que haya en la bodega.

Y mientras que el Perzimon navegaba con rumbo a Honolulu en busca del amor que había unido a dos corazones, los marineros cantaban alegremente:

Quiero ser marinero,
que es la vida mejor,
Ser libre como el mar
y en cada puerto un amor.
Del polo Norte al Sur,
cantando una canción,
el mar es nuestra novia
de todo corazón.

FIN

Recuerde este título

**EL SIGNO
DE LA CRUZ**

OTRO EXITO

Lo constituye sin duda alguna la nueva publicación

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché - Portada a todo color - 50 céntimos

TÍTULOS PUBLICADOS:

Ave del Paraíso

Novela íntica y sentimental, interpretada por la bella actriz Dolores del Río y José Mac Greg.

Bombas en Montecarlo

Novela de asunto frívolo y ameno, por la nueva estrella Kathie de Nagy y Jean Mural.

PRÓXIMO NUMERO:

El Príncipe de Arkadia

Bellísima opereta, cuyo protagonista es el apuesto actor Willy Forst y la genial Liene Haid.

EN PRENSA:

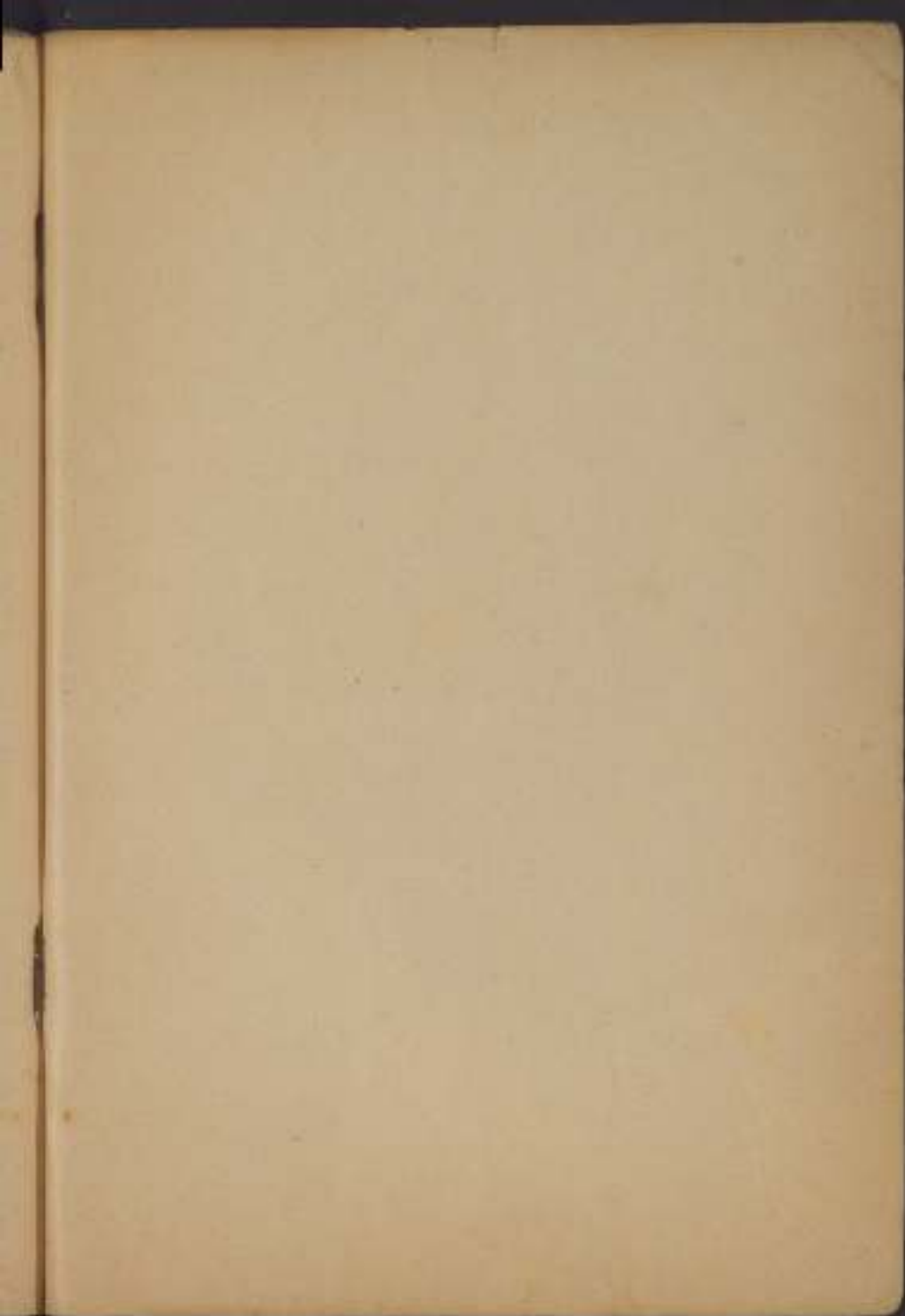
LA INSACIABLE

Novela de una joven moderna, que tiene el matrimonio como deporte, interpretada por la fascinante Carole Lombard
Ricardo Corcos - Paul Lukas.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.



PRECIO
ACTUAL 1.--P's.